

Prólogo

Transmitir lo que sucedió antes de nosotros –nuestra historia, la de nuestro país, la de otros países, la del mundo, la que es tan lejana que a veces tenemos que imaginarla a partir de indicios, la más reciente que está aún en la memoria de nuestros padres y abuelos– es una necesidad para nuestra vida como humanos, para este futuro que aún no conocemos. La relación con la Historia, con H mayúscula no es algo evidente. ¿Para qué sirve conocer lo que nos precede, que da tanto trabajo hacerlo, y aún darle un lugar en nuestro presente, en el que la angustia de vivir y sobrevivir nos gana tantas veces? Aprender historia no es solo aprender la historia de las guerras y las batallas, sino comprender lo que han creado los hombres y las mujeres para vivir, en el acierto o en el error, en el momento en el que les tocó vivir. Tomar conciencia de la invención humana –en la política, en la vida familiar, es decir, en la relación con los otros, con uno mismo y con el mundo– nos permite descentrarnos de lo que nos parece evidente, eso que otros llaman incluso «natural» en nuestro propio presente. Una prueba de alteridad. Podemos tener curiosidad, podemos maravillarnos frente a la fuerza de los hombres para hacer frente a lo que les sucede. También podemos sentir tristeza y desánimo al descubrir que los hombres entre ellos, organizados en grupos, en clanes, en naciones, al ver que terminan organizando su existencia sobre la destrucción de su vecino, donde la lucha por la supervivencia es cosa de todos los días, donde las reglas y las leyes que se han hecho, impiden y no impiden la destructividad, hoy como ayer.

Hacer historia, es permitir a cada uno darse los medios de comprender de donde viene, en qué filiación se inscribe, que ciertamente ha nacido de un hombre y una mujer, pero también es hijo de una historia política y social que le da hoy en día un lugar en relación al cual le toca hacer su papel de humano en el mundo, para hacer evolucionar lo que le es posible, para perder ciertas inocencias y tal vez de evitar algunas de sus consecuencias. ¿Puede la historia tener la fuerza de permitirnos obrar en el mundo con un mínimo de lucidez? Evidentemente no, no por sí sola, pero puede contribuir a anclar a cada uno en una filiación, no autorizándolo a pensar que ha nacido de la nada, que es el mejor, que los que estuvieron antes están superados y que no hay nada que aprender de ellos. La historia puede forjar una conciencia de lo que nos ha precedido y como toda materia de aprendizaje, crear la posibilidad de despertar la curiosidad de comprender, desde dentro, los procesos que llevan a las dictaduras, los caminos que hacen que ciertos hombres se transformen en victimarios y que otros sean sus víctimas. Permite, tal vez comprender lo que hay que resistir y en lo que hay que ceder. Cada sociedad tiene su propia relación con su historia, entrelazamiento sensible, con zonas de sombra, negaciones, diferentes versiones, olvidos, héroes y renegados. No asumir nuestro pasado, aún antes de nuestras vidas, no pone al presente en la vía de

una reconciliación y de una indiferencia creadora. Los profesores de historia están en medio de estas tensiones que toda sociedad desarrolla en su relación con su pasado.

El trabajo de Ana Zavala a propósito de su experiencia como profesora de historia y de didáctica de historia es desde este punto de vista algo excepcional. Desde el interior de su práctica, ayudada por los autores que le han permitido pensar, examina hasta el mínimo detalle de una « clase de historia », la relación del profesor con la historia, su diferencia con el historiador, cómo se prepara, cómo vive su clase, cómo se enfrenta con sus alumnos, algunas veces en la admiración, otras en la indiferencia, y otras en el rechazo. Ana Zavala parte de su práctica, con toda humildad, para desde allí transmitir los principales ejes y preocupaciones. Es un ejercicio difícil, pero que realiza con gran sensibilidad, humor y seriedad. Un profesor de historia podrá apoyarse en este libro para preguntarse sobre sus propias prácticas, sus bloqueos, para entender mejor lo que hace, sin contentarse con ofrecer su saber y verificar si un alumno puede hacer una buena devolución. Ana Zavala ha construido, a lo largo de los años, comprensiones preciosas acerca del ejercicio de la transmisión de la historia, de lo que diferencia y relaciona esta transmisión con la de la investigación del historiador, lo que se debe preservar de su gusto por el archivo y su relación con lo enigmático. Es esta comprensión la que nos ofrece en esta magnífica obra, fruto de años de investigaciones, de cuestionamientos y de dudas. Tras muchos años de contacto con autores que unas veces la alentaron y otras la fragilizaron, ha encontrado la manera de comprender su práctica de profesora y de acompañante en los procesos de formación, así como la forma de ponerlo en palabras.

Existe toda una tradición de la didáctica de la historia acerca de cómo se transmite la historia a los niños y a los adolescentes en un ámbito escolar. La originalidad de Ana Zavala es que no solamente teoriza en relación a la didáctica de la historia, sino que asocia lo que dice con otros: un abordaje clínico. Una sensibilidad particular que encontramos en el terreno de las ciencias de la educación, tanto como en la psicología, en la antropología o en la sociología. Este abordaje es interesante para un profesor, dado que pone en juego dispositivos que le permiten pensar sus gestos profesionales, la manera en que los ejecuta, aquello que en uno mismo o en el otro, es resistido. Nosotros enseñamos también a partir de lo que « somos », de nuestra relación con la esencia de la historia, de nuestra opción por estudiar historia, de nuestra relación con los alumnos, con esos otros diferentes a quienes tratamos de dar una posibilidad de abrirse a la historia del mundo. Esta parte de uno mismo pocas veces es objeto de atención. Ana Zavala nos muestra muy sutilmente de que manera estas cosas cuentan, cómo pueden ser comprendidas, a partir de lo cual un profesor puede cambiar en su manera de transmitir la historia. Se trata de una apuesta mayor, dado que no se trata solamente de la formación de los profesores de historia en la cultura histórica, sino también en su saber relacional.

Siempre en el contexto de un enfoque clínico, Ana Zavala argumenta a favor de que cada uno piense cómo enseña, y que lo haga con otros, que comparta lo que sucede a lo largo de una « clase de historia », que lo haga luego de su clase, ya sea profesional o practicante, que acepte poner en palabras y compartir sus bloqueos, sus éxitos, sus alegrías, sus entusiasmos, sus descubrimientos, y también sus fracasos. Este libro

muestra bien en qué consiste esta conmoción. Un profesor de historia no sabe todo, ni lo sabe de una vez. No es sino poniéndose en posición de aprender –no solamente en el plano de lo histórico, sino también en el de la transmisión– que se mantiene a sí mismo como creador, llevado por el deseo de renovar su manera de entenderse, de aprender más y más desde la modestia.

Estoy contenta de que Michel de Certeau, historiador francés que fue mi director de tesis me enseñara sin saberlo su manera de ser profesor universitario, haya sido igualmente para Ana Zavala quien autorice ciertas maneras de pensar la historia y su transmisión. El lector descubrirá por supuesto otros autores sobre los cuales se apoya, siempre apropiadamente convocados e integrados a la originalidad de su pensamiento. Existe en la investigación en historia una corriente muy cercana a la tarea clínica, en la cual podemos nombrar a Michel de Certeau, a Paul Veyne, a Arlette Farge entre los principales. Ahora, gracias a Ana Zavala, empieza a formarse una idéntica sensibilidad en el ámbito de la enseñanza y en el de la formación. Me alegro profundamente de esto, y deseo remarcar una vez más las preciosas competencias de Ana Zavala en relación a la enseñanza de la historia y a la formación de profesores de historia. Su valor, su sensibilidad y su gran cultura le han permitido escribir este libro que hará sin duda historia en la historia de esta disciplina.

Mireille Cifali Bega

Ginebra, 1º de diciembre de 2011